

# LOS GUSANOS GIGANTES DE LA LUNA

Ian Giger

Colección Astronave

LOS GUSANOS GIGANTES DE LA LUNA

Ian Giger



LIBROS DEL  
COSMONAUTA

Ian Giger

# LOS GUSANOS GIGANTES DE LA LUNA

Traducción  
de Federico Reggiani



LIBROS DEL COSMONAUTA

Ian Giger

Los gusanos gigantes de la luna / Ian Giger. - 1a ed. -  
La Plata : La Máquina Infernal, 2021.

100 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del Cosmonauta.  
Astronave ; 2)

Traducción de: Federico Reggiani.  
ISBN 978-987-26571-3-0

1. Narrativa Sueca. 2. Literatura. 3. Ciencia Ficción. I.  
Reggiani, Federico, trad. II. Título.  
CDD 839.73

Título original: Forgotten worms.

© Federico Reggiani  
© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.  
ISBN 978-987-26571-3-0

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta  
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.  
edicionescosmonauta@gmail.com  
facebook.com/ediciones.cosmonauta  
IG: ediciones.cosmonauta  
Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)  
Ciudad de Buenos Aires, en el mes de mayo de 2021

Ilustración de cubierta: Koff  
Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

## I

Se olvidaron de los gusanos gigantes o minúsculos y se olvidaron de nosotros y ni siquiera inventaron una guerra como excusa. Se olvidaron y ya: por burócratas, por haraganes o por mezquinos, a nosotros nos tocaba morir y era nuestra decisión elegir entre el hambre, la sed, el frío o la asfixia. Cada cual tiene sus gustos: yo era bióloga marina y me tocaba morir en la Luna. Como está el Mar de la Tranquilidad, a Dios le debe haber parecido buena idea, un sarcasmo sutil.

Me recibí el año en que murió la última ballena. "Vas a dedicarte a la historia", me dijo mi profesor, director de tesis, difunto amante y dictador: el doctor Agamenón. Le decíamos Agamenón porque volvió de la guerra y la esposa lo degolló en la bañera. Parece que la guerra era yo, según decían, pero me fue como a las troyanas. Aga se murió sin terminar los trámites que me hubieran permitido obtener una beca y una vida plácida dedicada al aburrimiento, el adulterio universitario, las investigaciones bizantinas y el lujo modesto. Muerto el dueño del pase al club, me quedé con un doctorado esotérico y la necesidad de conseguir algún trabajo fácil y con el salario suficiente como para pagar casa, comida, ropa interior de buena calidad, viajes y psiquiatría clínica y recreativa.

Tendría que haber sospechado por el entusiasmo de la oferta: el entusiasmo siempre es mala

señal. Además, el anuncio formaba parte de la propaganda oficial dedicada a convencer al mundo de la necesidad de financiar la primera expedición tripulada a la Luna. A la Luna. La Luna estaba allá arriba, o allá abajo, desde antes de que a un pescado se le diera por desarrollar pulmones, y en todo ese tiempo a nadie se le había ocurrido mandar gente. Unas sondas allá por el siglo XX habían comprobado lo que todos sabían: la Luna era una piedra polvorienta y muerta y a ningún gobierno se le cruzó la idea de gastarse una millonada en poner seres humanos ahí.

Tan poca atención se le prestaba al viejo satélite que cuando se llenó de gusanos gigantes tardamos bastante en darnos cuenta. Después sí, ¡escándalo!, ¡invasión extraterrestre! Estado de alarma, cuarentena mundial, todo el armamento atómico recalculado para apuntarle a los gusanos lunares. Pero un gusano es un animal poco agresivo. Da lo mismo si mide un centímetro o siete kilómetros. Las potencias terrestres se quedaron meses apuntando misiles al cielo, sin hacer nada y después pusieron el aviso, y una desorientada bióloga marina consideró una excelente idea mandar el CV a la oficina de reclutamiento.

Un gusano puede ser muchas cosas. Anélidos, nematelos, gnatostomúlidos, ocíferos, guinónimos, lo que sea. Me especialicé en grandes mamíferos marinos: sabía de gusanos tanto como los burócratas que me reclutaron. A cambio, ellos tenían una

idea apenas aproximada sobre las ballenas y se ve que sólo retuvieron el concepto de “grande”. No resultaba fácil medir a los gusanos porque cubrían casi toda la superficie de la Luna y se enredaban como un plato de tallarines, pero las estimaciones indicaban que los más largos podían medir hasta 500 kilómetros. Mi razonamiento fue: “nadie está de verdad calificado como para examinar esta porquería y yo por lo menos necesito el trabajo”. También necesitaba poner distancia con los hijos de Agamenón, descontentos con unas transferencias de dinero un poco confusas que su papá hizo antes del desgraciado episodio de la bañadera. De la Tierra a la Luna me pareció una distancia suficiente; estar muerta quizás era un modo excesivo de resolver los problemas.

Nadie pudo asegurar en qué momento aparecieron los gusanos. Podían llevar años ahí arriba o haber aparecido de un día para el otro. Algún astrónomo, hermano buscador de becas, miró para arriba y creyó recordar un paisaje distinto. No consiguieron rescatar fotos previas al borrado mensual (el criterio dominante era “¿para qué guardar fotos de una cosa que está igual desde hace millones de años?”) como para comprobar en qué momento los cráteres habían sido sustituidos por gusanos nacarados.

La explicación más razonable fue la aparición de algún portal interdimensional. Fue por lo menos la explicación popular, aunque nadie supiera nada

sobre dimensiones distintas más allá de los juegos con ecuaciones de los físicos. Como la otra hipótesis era que los gusanos habían vivido siempre en el interior de la Luna y salieron por algún agujero, la opinión pública se decantó, por motivos de elegancia, por la aparición súbita. Era además la hipótesis más aterradora, porque nada les impedía a esos bichos asquerosos materializarse un día en la vieja Tierra. Decidieron mandar humanos porque nadie se ponía de acuerdo en la interpretación de las fotos y las muestras que llegaban a la Tierra. El ADN parecía de anélido común con algunas cadenas medio raras que podían ser extraterrestres o basura. Los gusanos se dejaron tomar muestras sin patelear, así que no pareció riesgoso mandar astronautas. Antes de prenderlos fuego a bombazos querían mostrar buena voluntad, o simplemente había un sobrante presupuestario y calzó justo. ¿A quién le importa?

Al entrenamiento llegamos veinticinco candidatos. Nos pagaban, y me vino bien para recuperar mi envidiable figura, un poco desdibujada por las sesiones de helado y depresión posteriores a la muerte de Aga. Yo era la única de verdad dispuesta a hacer el viaje, más por desidia que por interés. Ya habían descartado a los dementes y a los fanáticos de la Luna o de los gusanos y sólo quedaban los que habían entrevistado en el anuncio una puerta lateral como para entrar a trabajar en la agencia espacial: muy pronto descubrí que lo más lejos que

pensaban llegar era a la oficina de personal para obtener un asiento frente a un escritorio firmemente atornillado al planeta Tierra. Boicoteaban cada actividad, se arrastraban como los gusanos que debían investigar después del menor esfuerzo físico y exhibían una ineptitud completa para afrontar los riesgos mayores de un astronauta: la locura y el terror. A los pocos días me había convertido en una especie de diosa amazónica a la que adoraban en público, despreciaban en privado y deseaban con fervor adolescente en la intimidad.

Abrí la puerta de la cápsula que nos había llevado hasta la Luna y nos había servido tantos meses como casa y lugar de trabajo. No estaba dispuesta a permitir que fuera mi tumba. Antes de salir al colorido exterior lunar me miré en el espejo que había insistido en colocar en una de las paredes. A pesar de las deformaciones ópticas de esa superficie pulida de aluminio, comprobé que el traje espacial me quedaba espléndido. No sé de quién fue la idea publicitaria de encargarle la confección a un modisto famoso, pero se había lucido: ceñido al cuerpo, sexy y violento, parecía diseñado para enloquecer improbables extraterrestres humanoides. Me sonreí a mí misma: iba a la muerte sin perder el estilo. Eso también era el resultado de un entrenamiento, y me iba a ser tan útil como las sesiones de baja gravedad, de tiro, de caminata y de acostumbamiento a la comida en pastillas. Afuera, los cuerpos iridiscentes de los gusanos



rodeaban la cápsula y se perdían en el cercanísimo horizonte. Naranjas, azules, violetas y rojos dominaban la paleta. Estaban tranquilos, apenas se movía alguno, como si no quisieran romper el parecido con un mar de oleaje calmado. Había sido el primer ser humano en pisar la Luna, iba a ser el último.